

LA PEDAGOGÍA DEL HORROR. (A. BAER, *Holocausto. Recuerdo y representación*, Losada , Madrid 2006, p.153 y ss.).ALGUNAS REFLEXIONES NECESARIAS.

La contemplación de la atrocidad en imágenes es una experiencia intrínseca de la modernidad.

Se toman numerosas fotografías y filmaciones de los campos en 1945.Se trataba de mostrar la verdad , de implicar moralmente a la audiencia y grabar sus imágenes en sus conciencias.

“La evidencia se debía de colocar de inmediato ante el público americano y británico en una forma que no dejara lugar a duda” (Había ordenado Eisenhower). Se trataba de demostrar que la brutalidad nazi no era propaganda.

Sanchez Biosca nos dice:

“Se muestran sin piedad los detalles más sórdidos con vistas a provocar la turbación del espectador. Ningún retroceso de la mirada, ninguna tregua para el espectador: así como los SS y sus colaboradores han sido obligados a mirar, el espectador se ve obligado a contemplar un cuadro que no podría imaginarse más estremecedor. Deber moral de no apartar la mirada en otra dirección frente a lo inhumano: mirar aprendiendo y aprender sufriendo es garantía de preservación frente a una hipotética repetición”.

Esta pedagogía del horror se enmarca en una comprensión del medio muy centrado en el emisor y en las particularidades del mensaje, que produciría en la audiencia el mensaje deseado. Como una aguja hipodérmica –nombre de la teoría que presupone tal lógica comunicacional- la fotografía y el cine vacunarían a los receptores con imágenes sobrecogedoras. El mal, la propensión a la violencia y su atávica recurrencia, se curaría con un antídoto: la visión de sus aterradoros efectos. **Una ingenua concepción de lo audiovisual que, aunque matizada a fuerza de sus reiterados fracasos, todavía subsiste en discursos y prácticas memorísticas contemporáneas.**

Susan Sontag, en sus conocidos ensayos de fotografía señala la paradoja de un fenómeno muy actual: la profunda contradicción entre la intensidad del encuentro con el horror a través de sus representaciones visuales y la impotencia o imposibilidad de responder a él de forma adecuada. Un aviso también de que el conocimiento de las cosas no se transforma necesariamente en energía para cambiarlas, para actuar. La consecuencia lógica de tal disonancia es que la imagen de violencia, en su reiteración, provoque una reacción de habituación y de resignación en quien la observa.

Sanchez Biosca escribe con relación a la incorporación de las fotografías a los formatos masmediáticos, **“la proporción del horror tiende a infinito mientras que la del conocimiento tiende a cero”.**

Ante este estado de cosas se impone la siguiente pregunta: ¿tiene algún sentido ser testigo vicario del horror presente y pasado por la vía de las imágenes? Si las imágenes domestican , normalizan y en definitiva absuelven el horror ante las audiencias, su continuado empleo quedaría reducido a un mero señuelo sensacionalista, a un horror gratuito. Nos referimos a la vocación espectacular de la imagen y a los problemáticos riesgos de fascinación que comporta. Esta es una preocupación que lastra toda representación del Holocausto por vía de este tipo de imágenes y vuelve a situarnos ante el límite o la paradoja de su memoria: recordar sin banalizar, sin explotar, sin normalizar el horror.